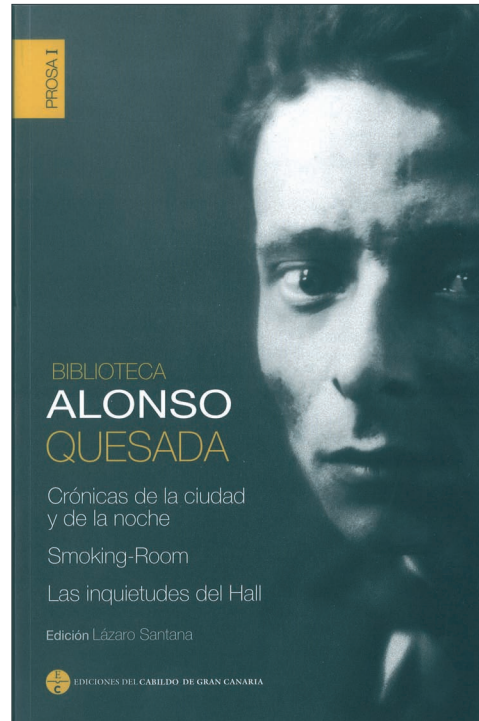


-
- QUESADA, Alonso; *Crónicas de la ciudad y de la noche; Smoking-Room; Las inquietudes del Hall*; edición, Lázaro Santana. Las Palmas de Gran Canaria: Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 2012. (Biblioteca Alonso Quesada I; Prosa I). ISBN: 978-84-8103-652-7.
-

REPRODUCIMOS A CONTINUACIÓN LA INTRODUCCIÓN de Lázaro Santana para la presente edición: “En la escritura en prosa de Alonso Quesada aparecen tres bloques temáticos bien diferenciados: el de las *crónicas*, el de las narraciones y el de los reportajes. Las *crónicas* se refieren al mundo insular, y únicamente a sus personajes nativos. Los relatos, vinculados igualmente a la geografía de ese mundo, tienen como protagonistas a los “ingleses de la colonia en Canarias” —como el mismo autor los califica y sitúa. Por último, los reportajes tratan con preferencia el abigarrado ambiente internacional que se desarrolló en Gran Canaria (más concretamente en la capital de la isla) a raíz de la guerra de 1914-1918: un universo compuesto de personajes exóticos, desplazados a la ciudad atlántica o que aquí se habían quedado varados por las peripecias de la guerra, el bloqueo naval, el exilio, etc. Un paisaje y paisanaje que, en cierta manera, preludia el que unas décadas más tarde, y por los azares de otra guerra mundial, se daría cita en Tánger, y en el que no faltan los espías y las princesas rusas. Tampoco están ausentes ahí los habitantes locales, y también los ingleses; abundan asimismo las alusiones a los políticos nacionales y a sus trabajos. Es el apartado más misceláneo e informativo de los tres; característica oportuna si se advierte que los textos iban destinados a dar a conocer la vida insular en un ámbito peninsular (se publicaron todos ellos en un periódico de Barcelona, *La Publicidad*).

Crónicas de la ciudad y de la noche; Smoking-Room; Las inquietudes del Hall.
De Alonso Quesada.



Tales bloques no se distinguen únicamente por su temática; existen entre ellos diferencias formales: las *crónicas* tienen una extensión reducida, de unas cuatrocientas palabras de promedio; están construidas con frases cortas y muy directas, en ocasiones repetitivas; su función es describir, pero contienen abundantes diálogos. Abordan una situación concreta, en la que comúnmente se subraya el aspecto grotesco o irónico de los personajes y de sus acciones. Es frecuente en ellas la presencia de guiños locales que sus destinatarios —los lectores de *Ecos*, *El Ciudadano*, *El Tribuno*, etc. periódicos en los que aparecieron— debían entender, y, seguramente, celebrar. Parte de la eficacia de estos guiños ha menguado por los cambios evidentes experimentados tanto por la ciudad como por sus habitantes desde los años en que se publicaron las *crónicas* (entre 1916 y 1924); igualmente aparecen en ellas citas a sucesos de difusión universal en la época y hoy solo conocidos por curiosos o eruditos. Estos escollos a la función comunicativa de las *crónicas* se ha procurado mitigar con unas pocas notas a pie de página en la presente edición. En 1919 Quesada hizo una selección de los textos publicados hasta entonces y los recopiló en un volumen, *Crónicas de la ciudad y de la noche*.

Las narraciones tienen un aliento mayor; fueron dadas a conocer, como los reportajes, en el citado periódico catalán, pero su destino definitivo no era ese, obviamente. Quesada había construido con ellas un libro, *Smoking-Room*, y accedió a adelantarlas en un diario en tanto aguardaba la ocasión de publicar el volumen. No es, pues, un material periodístico —como las *crónicas* o los reportajes— sino una escritura de por lo menos más larga y meditada elaboración. *Las inquietudes del Hall*, la novela corta que completa la producción narrativa de Quesada, fue escrita en 1922, y quedó inédita a la muerte de su autor (1925).

Los reportajes exceden hasta triplicar la extensión de las *crónicas*; su lenguaje, a pesar de la premura con la que se redactaron, es más elaborado que el de aquellas: aquí la frase se amplía y es muy recurrente la utilización de metáforas, imágenes, etc.: una forma de expresión cercana a la

“greguería”, de Gómez de la Serna, y que aproxima el lenguaje de estos reportajes al de las narraciones.

Quesada consideraba sus crónicas como unas “reflexiones ligeras de la vida ciudadana”. El término “ligeras” no alude a su poca extensión, a su forma abocetada, como de aguda pictórica, sino al espíritu rápido y juguetón que parece presidir su escritura —aunque no siempre ocurra así: esa aguada se transforma en no pocas ocasiones en un recio aguafuerte expresionista.

Las *crónicas* ofrecen una visión irónica de los personajes y usos sociales de la época. El escritor se muestra en ellas como un observador atento, y cuando dice que los lectores verán en sus escritos un retrato de sus modales y lenguaje (“Igualito, igualito a como habla uno”, observa un personaje al referirse a la manera en que el autor lo refleja), subraya, seguro, una realidad comprobable. Pero su visión peca de unilateral: parece complacerse en subrayar aspectos ridículos, incluso de chiste, de un comportamiento y de unas formas de conducta que el autor no estima, en absoluto. Tales formas pueden responder a un sujeto determinado, pero no a un “tipo” general. Sus creaciones son así más literatura que realidad; sin negar, por supuesto, que las observaciones sobre las que se construye ese tipo obedezcan a experiencias reales.

Cuando Quesada alude a la profesión de los personajes su oficio suele estar vinculado a la clase burguesa; son mayoritariamente comerciantes y exportadores, de situación acomodada y usuarios del Casino local. Esta condición de burgués ciudadano distancia las *crónicas* de los textos que podían ser su modelo inmediato, los libros más conocidos de Azorín (*Los pueblos o España*), cuyos protagonistas se asocian generalmente al medio rural (el paradigma ahí serían las espléndidas estampas de *Un pueblecito. Riofrío de Ávila*). Quesada, al fijarse en el ámbito ciudadano, que es el suyo en exclusiva, pese a las ocasionales fabulaciones que hace (en su poesía) sobre su infancia campesina, sigue, quizás de manera intuitiva, las corrientes literarias europeas y americanas de principios del siglo XX que estaban convirtiendo a la ciudad en protagonista de sus textos.

De todas maneras, son aquellas crónicas desasidas de un perfil humano muy definido las que hoy conservan vigencia mayor. “El señor que no existe”, “El sol en Vegueta”, “El domingo en Vegueta”, “Nieve en la Cumbre”, “Un entierro en la madrugada”, etc. constituyen estampas cuyo tono sentimental las aproxima al poema en prosa. No importa tanto en ellas lo que se dice, en el sentido de su localización, sino el cómo lo dice, en abstracto. Quesada, olvida —o, al menos, muy restringida— su ironía y su agresividad (siempre muy compasiva, por otra parte) infunde a su mundo circundante una dimensión poética extraordinaria, y alcanza a extraer de las cosas pequeñas, de escaso relieve, o incluso de un ambiente, sensaciones plenas de nostalgia y también de reciedumbre. Ahí, la literatura costumbrista que suele ser asociada a las *crónicas*, parientes en esa similitud de la literatura del 98 español, se transforma en literatura sin adscripción. Dejan de ser un documento sociológico (lo que es buena parte de la literatura noventayochista) y quedan como exentas creaciones literarias, sin añadidos.

Si en las *crónicas* la ironía de Quesada se aproxima más a la caricatura que a la verdadera dimensión crítica del término, en sus narraciones de ingleses esa ironía alcanza su genuina función demoledora. Quesada, sociológicamente hablando, sentía por sus paisanos insulares, y por sus formas de vida y pensamiento, una especie de aversión compasiva; por el inglés experimenta una simbiosis de atracción y repulsión. De una parte, no evita mostrar su admiración por ciertas actitudes británicas (la medida en el comportamiento, su reticencia en el trato con los otros, las maneras pausadas de conducirse, tan alejadas de la algarabía que exudaba de los tipos españoles —y que tanto le irritaban); de otra, es patente su rechazo a la frialdad, al pragmatismo que regía sus acciones, a su administración usurera del tiempo y su adhesión sin distinguos al dinero, a su logro y a su conservación. Desde el punto de vista más pragmático —el laboral— queda clara su repulsa a la explotación a que sometían a los empleados españoles que trabajaban a sus órdenes, entre los cuales él se incluía (con excepciones: véase cómo trata a Mr.

Cross, en “Mister Cross, don Francisco y Jehová”). También en esta ambivalencia de su estima debía formar parte la consideración de que los ingleses y su mundo, y lo que él podía extraer de ambos, constituían la parte más original de su propia literatura: le eran necesarios.

Los ingleses que trataba Quesada son personas que muestran desapego por el mundo en el que viven. Para ellos, la vida en la colonia es una prolongación de su universo inglés; se comportan como si no residieran y trabajaran en un país distinto del suyo: reproducen aquí los modos de vida de su isla de origen; en realidad no parecen haber salido de ella. Su incompreensión del “otro” es absoluta. Esta actitud, que estaría justificada en un contexto de dependencia o debilidad (como ocurre hoy con los emigrantes a Europa del Tercer Mundo, estableciendo un círculo de necesaria y solidaria defensa frente al más fuerte), no lo está en absoluto cuando se es precisamente ese más fuerte. Los relatos de Quesada no son ajenos a la intención crítica que poseen las obras de escritores ingleses como Evelyn Waugh o Roland Firbank, cuyos personajes, según Frederik Karl “no existen más que para sí mismos”. Juicio crítico que coincide con una observación personal del filósofo George Santayana hecha durante su estancia en Londres en los primeros años del siglo XX: ocurre durante una función de teatro y anota que “los actores se interesan en sí mismos (...) y lo mismo ocurre al público”. Quesada, pues, captó perfectamente lo esencial de esa sociedad que el mismo Santayana describe, no sin ironía, como “cortésmente comercial”, subrayando que el carácter inglés no es distinto en la colonia a como lo es en la metrópoli.

Quesada, de todas maneras, distingue entre varios tipos de inglés; uno el ya descrito, el que permanece impermeable al paisaje y al paisanaje local; y otro, al que se ha dejado infiltrar por ambos y olvidado, aunque sea parcialmente, sus conductas originarias. Ejemplo de este último es el entrañable Mr. Duncan, simpático e ingenioso borrachín y profesor de francés, o Mr. Parker, que invita a Quesada a leer sus cuentos a otros ingleses de la colonia en el hall del hotel

Metropole. Prototipo del inglés antipático, frío, displicente, deshumanizado es Mr. Talbot, quien mata, metafóricamente, a su segunda esposa con su indiferencia y frialdad.

Otra característica de la narrativa de Quesada es el erotismo, motor de buena parte de la misma. Un erotismo que se traduce de manera diversa, según quien lo recree: cuando es el autor quien toma la palabra, ese erotismo adquiere una existencia gozosa, festiva, complaciente. Es indudable el disfrute que experimenta Quesada acercándose como el objetivo de un fotógrafo o de una cámara cinematográfica, a los pechos de Mabel o de María la Andaluza (y al acoso a que esta somete al soso Mr. Edgard) o a las piernas de *miss* Cohen en “La pierna de palo”. Sutil, pero suficiente, y desde luego nada condenatoria, es la alusión al *affaire* homosexual que existe entre esta señorita Cohen y Mrs. Harvey. Por el contrario, cuando Quesada arma una escena erótica desde el punto de vista del inglés que la protagoniza (Mr. Perkins, por ejemplo, en su visita mensual al burdel) la misma revisita la asepsia de una intervención quirúrgica: Perkins no solo quiere hacer el amor con la elegida del mes (digámoslo así, aunque el autor llama a esa operación “higienizar su sensualidad”, expresión que por cierto no está lejos de las “relaciones sanitarias” que establece con las prostitutas H.H., el narrador y protagonista de *Lolita*, de V. Nabokov). También dirige los lavatorios pre y post coito para asegurarse de que todo se hace “correctamente” y que del acto no quedan consecuencias indeseables.

En otras ocasiones lo erótico va unido a la muerte; su tratamiento se hace sin morbosidad, entremezclando ambos componentes en una narración oblicua: en *Las inquietudes del Hall*, el tímido erotismo que conlleva la relación que se establece entre los tuberculosos Jorge y Olivia viene sugerido por el impulso carnal que despierta en ellos la contemplación, desde las respectivas ventanas de sus cuartos de enfermo en el Hotel Metropole, del fogoso baño en la playa de una cliente sueca; baño que describe Quesada como si al tiempo que relata la lucha sexual de la mujer con el agua estuviera él mismo gozando del cuerpo de la sueca entre las olas.

Quesada utiliza en ocasiones recursos que parecen propios de la literatura surrealista: cuando dota a los objetos inanimados —un reloj, el Hall del hotel, la corporización del esplín, etc.— pensamiento, de vida activa, como si ellos participaran de la peripecia que siguen los personajes del relato. Su manera de realizar este trasvase, el mundo imaginativo y verbal que se plasma en él, y que tanto debe a la manera insólita que tiene Gómez de la Serna de juntar tantas cosas antitéticas en un mismo plano, constituye uno de los atractivos de la prosa de Quesada. Es probable que tenga aquí también alguna intervención la posible influencia que la narrativa de Oscar Wilde pudo ejercer en Quesada. Este, como hace aquel, interrumpe a veces el flujo del relato para divagar de forma ingeniosa y mordaz sobre aspectos marginales del mismo: juegos de palabras y de conceptos que aunque poco tengan que ver con su desarrollo contribuyen a su riqueza ideológica y lingüística. Sus asociaciones paródicas y paradójicas provocan perplejidad y risa, un humor tranquilo, siempre presente en estos cuentos.

Ese humor de Quesada, aunque a veces se deje llevar y sobreactúe —es inevitable, por su ascendencia literaria española, y lo que esta comporta de asirse a la broma espesa, a la burla cruel— parece en muchos rasgos muy inglés: la sutileza con que plantea las situaciones (esa impagable agonía de Mr. Carlson), o la gracia con que retrata a la novelista Mrs. Harris denotan que ha bebido en las fuentes de Thackeray o de Dickens (o incluso Bernard Shaw y del mismo Wilde). Cuando Mr. Wilson, otro de los británicos asistentes a la lectura del libro de Quesada, le hace a este la observación de que es “un humorista inglés”, Quesada responde: “Cierto. Lo soy. Es muy fácil serlo (...) me gusta. El tono inglés es bueno, y en España más.”

Y al final de ese diálogo, Quesada explica gráficamente su filiación cuando relata a la concurrencia el uso que ha hecho del regalo que Mr. Duncan le trajera de Tierra Santa: un vaso de papel. En ese vaso —dice Quesada— él ha bebido todo el humorismo inglés”.